LA REPARACIÓN EN LA TEOLOGÍA ACTUAL

Del ayer al hoy de la reparación

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v56i195-196.420>

ROMÁN SÁNCHEZ CHAMOSO¹

El tema de la reparación ocupó un lugar central en la vivencia espiritual del pueblo de Dios desde mediados del siglo XVII hasta mediados del XX. El nuevo perfil adquirido por la cristología y la soteriología católicas a partir del Concilio Vaticano II, ha abierto a la reparación nuevos caminos y sentidos que, asumiendo los rasgos de la tradición eclesial permiten su recuperación efectiva y afectiva en para el momento presente. Analizar este cambio y sus líneas estructurales es el objetivo del presente trabajo.

1. DEL AYER COMPASIVO AL HOY COMPROMETIDO

1.1. *Dos caras de la reparación*

Hoy nos las tenemos que ver con dos modos de entender la reparación, el que viene del pasado y denominamos *tradicional* (que casi llega hasta el Vaticano II) y el que llamaremos *actual* y se está abriendo camino². Presentaremos a grandes rasgos ambas modalidades, siguiendo el lema paulino: «Examinenlo todo y quédense con lo bueno» (1 Tes 5, 21). La idea básica que subyace en el término «reparación» se ha vivido y expresado de forma distinta en cada época.

Modalidad tradicional

Esta forma se extiende desde mediados del siglo XVII, sobre todo bajo el influjo de Margarita María de Alacoque, hasta el Vaticano II. La reparación tiene un marcado matiz *intimista-afectivo-devocional*, que fraguó la clásica figura del

1. Sacerdote Operario Diocesano. Doctor en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca. Es profesor en el seminario Santa Rosa de Lima, Caracas, y en el seminario Jesús Buen Pastor, Ciudad Bolívar (Venezuela). El presente estudio continúa el ya publicado en nuestra revista bajo el título: «Mosén Sol y la reparación», *Seminarios* 191 (2009) 9-42. En esta ocasión se examina teológicamente la reparación como vía para una vivencia renovada de la continuidad entre eucaristía, ministerio sacerdotal y vida apostólica.

2. Cf. algunos trabajos publicados en la revista chilena *Tierra Nueva*: F. CANALS, «El culto al Corazón de Cristo y la promoción de los valores del Reino en la sociedad», 26 (1978) 56-74; D. AUGE, «La contemplación del costado abierto. Por una inspiración», 32 (1980) 64-82; J. DE CAPMANY, «La persona y el amor de Jesús en la ordenación social», 39 (1981) 52-77; A. M.^a ESCALI, «Sagrado Corazón y cultura», 45 (1983) 62-77; M. MACANEIRO, «Praxis histórica partiendo del Corazón de Cristo. Análisis y contribuciones a la espiritualidad latinoamericana», 73 (1990) 83-94; M. SOLER, «Jesús el Traspasado», 87 (1993) 72-82; *La Civiltà Cattolica* (editorial), «El Sagrado Corazón de Jesús en el umbral del tercer milenio», 77 (1991) 69-79.

reparador ante el Señor ultrajado y objeto de desprecios, fomentando el dominio del sentimiento y la compasión por el amigo ofendido. Frente al rechazo y la ofensa del Señor por parte de algunos, se eleva el amor y afecto de los reparadores, de forma que la actitud de los primeros quedara contrarrestada con la de los segundos.

Esta modalidad *tradicional* tiene como característica el centrarse en la *persona* del Señor ultrajado e incomprendido, cuya situación se trata de compartir; se dirige a consolar, mediante la compasión, a una persona ofendida y afligida con la que nos une un estrecho lazo de amistad. El lema podemos verlo sugerido en Pablo: «Tened los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús» (Fil 2, 5), o en la consideración que se hace a la primera comunidad cristiana: «Alegraos por compartir los padecimientos de Cristo» (1 Pe 4, 13), o como respuesta a la queja que la liturgia de la Iglesia pone en boca del Señor: «Busqué quien me consolara y no lo encontré» (cf. Lam 1, 16.19.21; Sal 141, 5) ante el amigo sumido en el abandono y la tristeza (cf. Lam 3, 15-19). El desenlace de este proceso de identificación con el Señor sufriente lo encontramos también en Pablo: «Estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 19-20).

En la modalidad tradicional de reparación predomina la idea de *imitación*. Imitar significa reproducir o copiar el modelo, lo que puede traducirse en que todos debemos ser discípulos del Señor de la misma manera en cuanto reproducción del mismo y único modelo, sin tener en la debida consideración circunstancias como la edad, el sexo, las cualidades personales, las situaciones existenciales del propio estado. Cabe preguntarse: ¿Es posible vivir, hablar, trabajar tal y como en concreto lo hizo Jesús de Nazaret, un judío del siglo I, situado socio-culturalmente en unas determinadas coordenadas histórico-socio-religiosas determinadas? Por otra parte, un proyecto que grave sobre la imitación significa renunciar a lo creativo, negarse a lo nuevo; en definitiva, renunciar a hacer historia.

Modalidad actual

Ya hemos indicado que podemos datar su comienzo con el acontecimiento conciliar del Vaticano II. Hoy, en un contexto eclesial-teológico-espiritual distinto, la reparación es vista con un perfil *solidario-social-constructivo*, con cobertura teológica distinta, insistiendo en el compromiso con la obra del Señor, sin que ello signifique renunciar totalmente al aspecto afectivo y devocional. Frente a la militancia de los agentes del anti-reino que siembra la destrucción, esos agentes del mal, «ese misterioso y maligno poder que está ya en acción» (2 Tes 2, 7), se levantan los comprometidos con el proyecto de Jesús y con los intereses y los valores del reino, como agentes del plan de Dios en la historia.

Esta modalidad *actual* se suele denominar también reparación *positiva*, por cuanto se propone involucrar al reparador en actividades concretas de compro-

miso externo, social y constructivo. En este sentido, no cae en la resignación ante el espectáculo de la «cultura de la muerte», sino que, «frente a la tecnología de la muerte para eliminar el hombre, pone en pie la tecnología de la vida para eliminar el hambre».

La reparación hoy tiene como referente principal el *proyecto* del Señor, más que su persona. Se centra en reparar, mediante la colaboración, una obra que ha sido deformada. No se recluye en la intimidad con el Señor, sino que asume activamente los «duros trabajos del Evangelio» en el plano ministerial y operativo. De Pablo recibimos la invitación: «Sufre conmigo por el Evangelio» (2 Tim 1, 8), se comparte la vida de Jesús. Es una gracia padecer con Jesús (cf. Fil 1, 29) en el trabajo ministerial. En síntesis: se da una sintonía y un compromiso con el *proyecto* y *vida* de Jesús, y ello en un enclave eclesial (cf. Col 1, 24).

El reino «está viniendo», está en camino (Ap 22, 7.12.20), se está construyendo a pesar de sus opositores. Por consiguiente, reparar es luchar en, desde y con la Iglesia por contrarrestar los efectos del mal y del pecado que afectan a los hombres. Ello nos explica que la reparación hoy pase de ser pasiva y dolorista a ser comprometida y activa, inscribiéndose en el compromiso con el *proyecto* y *vida* de Jesús, adquiriendo un carácter militante y no solo contemplativo, en una palabra, se hace *solidaria-social-humanizadora*, rebasando el marco meramente intimista y devocional (cf. Gál 6, 2.10).

La modalidad actual se centra más en la idea evangélica de *seguimiento* que en la de imitación. Obedece a la repetida invitación del evangelio: «Sígueme». Destacamos el seguimiento como idea dominante, pero no excluyente. Imitación y seguimiento son conceptos distintos, aunque no separables. Con san Agustín nos preguntamos: «Quid sequi, nisi imitari?»³. En la historia del cristianismo, ha prevalecido «imitación» o «seguimiento» según las épocas⁴. Seguimiento indica que cada uno, desde su propia personalidad, estado y situación existencial, es discípulo o seguidor de Jesús en forma personal e irrepetible, como la persona y el cristiano concreto que es. Cada uno es cristiano personalmente y con carácter peculiar, aunque todos hacemos el seguimiento del mismo y único Maestro.

Diferente trasfondo teológico

Las dos modalidades de reparación que venimos analizando tienen diferentes teologías en la base. La modalidad tradicional se asienta en la cristología-soteriología de la «satisfacción vicaria», que se afirma con fuerza desde san Anselmo. «La idea de reparación ha quedado unida hasta nuestros días, con variantes y subrayados diversos, a un cierto tipo de teología de la redención,

3. *De Sanct. Virg.*, 27.

4. Cf. S. DE FIORES-T. GOFFI, dirs., *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1983, 1264s.

como obra de satisfacción moral y jurídica»; esto «contagió todo el diccionario soteriológico: redención, sacrificio, inmolación, satisfacción, reparación y, sobre todo, expiación y justicia de Dios»⁵. De aquí se nutre la espiritualidad reparadora, orientada hacia una cierta sensibilidad y praxis mística y ascética.

Esta espiritualidad reparadora ha alimentado un gran heroísmo y una profunda solidaridad con el Señor ofendido y con los pecadores. «Las almas devotas de cualquier forma se ponían entre el pecador que había ofendido a Cristo y Cristo mismo que buscaba consoladores por estas ofensas de ingratitud y de rechazo»⁶. Podía resumirse en esta frase: *Jesús ama y no es amado, ámalo por quien no lo ama*. La larga nómina de prácticas devocionales estaba animada de este espíritu reparador.

La hora del cambio del soporte teológico de la reparación llega con el Vaticano II y su revisión de los grandes conceptos teológicos, superando la estructura teológica que estaba en la base de la reparación y provocando con ello una crisis de la reparación tradicional. Crisis saludable y de crecimiento, que permitió discernir las formas de orden semántico (terminología, expresiones...) de los elementos fundantes que mantuvieron su validez. La reparación no es una cuestión de terminologías, sino de contenidos. El cambio de terminología no significa simplemente cambiar un nombre por otro, sino que confiere un sello de verdad que solo el compromiso histórico puede aportar. «La tarea teológica ha obrado, ante todo, una crítica de los elementos embarazosos e impropios y después una profunda *poda* de todo aquello que no era *teologal*, sino *solo devocional*»⁷. De esta forma, caen motivaciones teológicas débiles, divagaciones superfluas, impostación espiritual angosta e individualista, aspectos emocionales y sensibles demasiado marcados por la piedad popular, devociones poco ligadas a la liturgia... Todo ello conduce a un desprestigio de la reparación por su uso impropio.

Con la nueva cobertura teológica, los valores perennes de la reparación se han insertado en el marco global del misterio de Cristo y en el punto de arranque de Dios-amor; el eje pasa a ser el dinamismo del amor-ágape, o sea, *amor reparador*. Por otra parte, se recupera teológicamente la dimensión trinitaria de la reparación, así como la cristológica, la eclesial, la pascual y la social⁸.

1.2. *Coincidencias fundamentales de ambas modalidades de reparación*

Los distintos enfoques y perspectivas sobre la reparación que acabamos de señalar no deben ocultar unas coincidencias fundamentales entre ambas, por lo que deben ser vistas en mutua complementariedad.

5. L. BUCCHERI, «La reparación: amor solidario», *Dehoniana* 95 (1998-1) 83.

6. *Ibid.*, 84.

7. *Ibid.*, 85.

8. Cf. *Ibid.*, 85-86.

Coincidencias fundamentales

–El *amor al Señor* es en ambas el motor de la reparación. Por tanto, la raíz y el soporte son en ambos casos netamente teológicos y actúan como presupuesto indiscutible. Esta subordinación a Dios es absolutamente decisiva⁹.

–En ambos casos se resalta el *amor de Dios* del que se nos ha hecho partícipes: «Al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones» (Rom 5, 5), estamos, pues, «guiados por el Espíritu Santo» (Rom 9, 1). Este amor de Dios explica que la reparación la concibamos tan estrechamente vinculada al Corazón de Jesús, por cuanto que el símbolo del «corazón» es para los hombres la mejor expresión del amor.

–En una y otra modalidad de reparación se comparte la idea base de *comunión con el Señor*, bien se trate de su persona o de su proyecto.

–En ambos casos el *pecado* se ve como la raíz del mal que padecemos, en la modalidad tradicional como «ofensa a Dios» y en la actual en sus efectos de muerte y oposición al proyecto de Dios. Pero también en ambos casos prevalece la esperanza, pues se es consciente de que «cuanto más se multiplicó el pecado, más abundó la gracia» (Rom 5, 20), lo que alimenta un talante optimista.

–Las dos modalidades de reparación saben que Dios en sí no nos necesita porque nada podemos aportarle que no tenga, pero sabemos también que nos quiere en los hermanos y en las situaciones que obstaculizan la implantación de su reino. Nosotros nos dirigimos a Dios y Dios nos remite en la dirección que lleva a los hombres. Cristo cuenta con nosotros para que le «reparemos» en el hombre deshumanizado, en «sus rostros desfigurados» que ofrecen tantos hombres, en las «imágenes maltratadas de Dios» en las que es irrespetado y en las que se ha cebado el mal con todo su terrible poder.

Se da, pues, una notable convergencia de las vertientes tradicional y actual de reparación. «En los escritos espirituales, el término *reparación* suele indicar la participación del cristiano en la obra redentora de Cristo, tanto en su aspecto *negativo*, en cuanto expiación del pecado, como en su aspecto *positivo*, en cuanto restauración de la obra de Dios en nosotros y en las demás criaturas. En todo caso, la consideración del pecado está siempre presente como telón de fondo del cuadro»¹⁰. En ambos casos anida la esperanza cuando se trata de contrarrestar, cada uno a su manera, el deletéreo poder del mal, convicción asentada en «la fuerza salvadora de Dios» (Rom 1, 16) y en «la esperanza que no defrauda» (Rom 5, 5), porque sabemos que «Dios no permitirá que seamos puestos a prueba por encima de nuestras fuerzas; al contrario, con la prueba, recibiremos

9. «Donde no hay adoración, donde no se tributa a Dios el honor como primera cosa, incluso las realidades del hombre no pueden progresar», BENEDICTO XVI, *A los obispos alemanes en Colonia, con motivo de la XX Jornada Mundial de la Juventud* (21 de agosto de 2005).

10. A. TESSAROLO, «Reparación», E. ANCILLI, dir., *Diccionario de Espiritualidad*, III, Barcelona 1987, 279.

fuerzas suficientes para superarla» (1 Cor 10, 13), para lo que contamos con la fuerza del Espíritu (cf. Rom 9, 1). Pablo ofrece en sus escritos testimonio de ambas modalidades de reparación, sin ver en ellas una contraposición radical. Por un lado, encontramos la modalidad *negativa* (cf. Col 1, 24; 2 Cor 4, 12), pero, por otro, la modalidad *positiva*, pues nos habla de la preocupación por la edificación del cuerpo de Cristo (cf. Ef 4, 12-16). En la actualidad se intenta hacer justicia a ambas dimensiones: «Ahora se intenta volver a una visión más equilibrada de la reparación (no quedándose solo en el aspecto *negativo*), insertándola en el contexto más amplio del misterio pascual, que une la cruz y la gloria»¹¹.

Mutua complementariedad

Entre la reparación ayer y la reparación hoy se dan convergencias y divergencias. En el fondo subyacen dos teologías, dos horizontes o perspectivas, dos sensibilidades que dan lugar a dos lecturas de la realidad. Con todo, las convergencias se basan en que es común el valor fundamental que está en juego.

Las dos modalidades de reparación que hemos presentado no pueden verse, a pesar de las apariencias a simple vista, en una oposición que las hiciera incompatibles e irreconciliables. Por tanto, debemos considerar el tema en su verdadero fondo, previamente a las preferencias epocales, matices y propuestas que han dominado en cada época. Ambas modalidades pueden ser vistas alineadas sobre el mismo eje. En efecto, la modalidad que gravita sobre la *persona* de Jesús lleva anexo inseparablemente lo que en esa persona significa su actuación, su obra y su destino, y, visto el tema desde la otra modalidad, la visión teológica que gravita sobre el *proyecto* de Jesús remite necesariamente al agente de esa obra. Dicho de otra manera: es igualmente ofensivo al Señor lo hecho o dicho contra su persona y lo dicho o hecho contra su proyecto. Hay ofensa en ambos casos y en ambos queda justificada la reparación.

Otra cosa bien distinta es reconocer que, con el tiempo, ha perdido terreno la reparación en el campo de la piedad popular y las prácticas religiosas, mientras que ha ganado terreno en el área del compromiso pastoral y la acción cristiana hacia fuera de la Iglesia. En consecuencia, el adjetivo que acompaña al término reparación (*tradicional* o *actual*) muestra a las claras la evolución operada.

La teología actual plantea equilibradamente la relación entre la reparación de ayer y la actual. En la reparación social que actúa sobre la situación contraria al proyecto de Dios se da simultáneamente la reparación a Dios, a su persona. Así se ve hoy la verdadera reparación pedida por el Corazón de Cristo¹². La repa-

11. A. TESSAROLO, *a.c.*, 279. Con todo, este autor nos pone en guardia sobre los riesgos actuales de la reparación tradicional: cf. *Ibid.*, 279-281.

12. «O la civilización del amor se quedará en piadosa utopía o se construirá sobre la base del perdón otorgado por las víctimas a sus verdugos, dándose la reparación de la ofensa, es decir, dándose esta reparación que ofrecerá primero el hermano opresor al hermano al que

ción tradicional conserva todo su valor como palanca que actúa en quien ha intimado con el Señor para emprender una acción social o de cara a los hombres; en esta reparación social se muestra la reconciliación con Dios¹³. De esta forma, la reparación social en cuanto trabajo en pro del proyecto de Dios adquiere todo su valor como trabajo apostólico o colaboración con la obra de Dios¹⁴. Se ve, pues, necesario el trabajo apostólico como verdadera forma de reparar. «Es necesaria la reparación, el apostolado incansable y valiente, incluso social»¹⁵, que está «estrechamente ligado al deseo y a las condiciones necesarias para la construcción de un mundo nuevo»¹⁶. Se ofrece, pues, una visión complementaria de ambas modalidades de reparación: «Es un amor al amor no amado, que pretende y procura, expiando el pecado con Cristo, transformar el mundo y construir la nueva humanidad, que es el objetivo de la redención de Cristo»¹⁷.

1.3. *La hora del tránsito ha llegado*¹⁸

Se agota la teología en la que se asienta la reparación tradicional

Una cristología-soteriología multiseccular que viene de san Anselmo está llegando a su fin. En esa teología, la idea central la ocupa un Dios ofendido, cuyo honor debe ser reparado por exigencias de la justicia y para restablecer el orden que ha sido violado por el pecado del hombre. En este estado de cosas, la satisfacción se hace absolutamente necesaria, y solo Cristo, en Dios-hombre, puede llevarla a cabo, restituyendo a Dios el honor debido de forma inmejorable con su muerte. Esta víctima aplaca la exigencia de Dios y restablece la paz y la amistad entre Dios y el hombre. Es la célebre teoría de la «satisfacción vicaria», radicalizada en otros autores de menor importancia teológica y universalizada por ellos a partir de las tesis de san Anselmo, hasta el punto de dejar una huella profunda en la teología occidental, en la predicación y en la piedad del pueblo cristiano. Se resalta el carácter oneroso de la redención, y la «satisfacción vica-

durante tanto tiempo ha oprimido y, finalmente, el hombre a Dios ¿Puede interpretarse de otro modo la verdadera reparación solicitada por el Corazón de Cristo?», cf. E. GLOTIN, «La verdadera reparación solicitada por el Corazón de Jesús», *Tierra Nueva* 79 (1991) 74.

13. «La reparación sacramentalizada que promueve el culto al Corazón del Redentor divino viene a convertirse en la palanca de una reparación social y horizontal», cf. DE MARGERIE, «El Corazón de Jesús, principio y término de nuestra reconciliación penitente», *Tierra Nueva* 48 (1984) 61.

14. «Sean conscientes del valor santificador y apostólico de su trabajo diario, concebido como colaboración en la obra de Dios creador y redentor, y de sus sufrimientos, con los que están llamados a completar en su carne lo que falta a los padecimientos de Cristo», cf. L. Mendizábal, «El Corazón de Jesús en la vida y enseñanza de Juan Pablo II», *Tierra Nueva* 68 (1989) 87.

15. *Ibid.*, 87.

16. *Ibid.*, 88.

17. *Ibid.*

18. Tránsito en la Iglesia y en la teología, cf. A. TESSARO, «Reparación», F. ANCILLI, dir., *Diccionario de Espiritualidad*, III, Barcelona 1987.

ria» desemboca en la «teoría católica de la redención»¹⁹, que acapara totalmente la escena teológica hasta tiempos muy recientes. La «satisfacción vicaria» invade también la espiritualidad y se despliega en el ofrecimiento del hombre reparador a Dios por los pecados de los hombres, en la devolución de la gloria y el honor a un Dios ofendido, en la cancelación de las deudas contraídas con Dios, es el restablecimiento de un estado de cosas querido por Dios y que ha sido seriamente alterado.

La cristología anselmiana ofrece una imagen de Dios que la teología actual cuestiona radicalmente ¿Es un Dios que exige satisfacción penal, como precio pagado como rescate para la liberación de la humanidad? ¿Es un Dios movido últimamente por razones de derecho y justicia, entendidos al modo humano? ¿Es un Dios tan celoso de su honra ultrajada que debe ser satisfecha? La imagen de Dios que en el Nuevo Testamento nos presenta Jesús difiere profundamente de lo anterior, por lo que la teología actual ha sometido a una severa revisión la soteriología anselmiana de la «satisfacción vicaria», que era el principal soporte teológico de la reparación tradicional²⁰.

Tránsito sin ruptura total

La idea reparadora tuvo amplia difusión a partir de las prácticas piadosas recomendadas sobre todo por Margarita María de Alacoque y su director espiritual Claudio de la Colombiere: misa y comunión reparadora, adoración y hora santa meditando la pasión de Cristo, primer viernes de mes, fiesta litúrgica del Corazón de Jesús... Hoy se presenta en la Iglesia otra concepción de la reparación, pero recordemos lo que hemos mostrado antes: entre la de ayer y la de hoy hay divergencias y convergencias, así que no podemos oponerlas radicalmente.

En el paso que están dando la teología y la Iglesia no hay propiamente una ruptura con la modalidad tradicional de reparación. Lo que se está dando es un tránsito en el que, conservando valores fundamentales de la reparación de ayer, entran en escena otras perspectivas igualmente valiosas que ha proporcionado sobre todo la teología del Vaticano II. En este tránsito, hay que mantener la rela-

19. Hay que aclarar que la Iglesia nunca elevó a dogma la doctrina de la «satisfacción vicaria» anselmiana. Trento no definió el carácter satisfactorio de la muerte de Cristo; se limita a calificar en frases marginales la redención como «satisfacción» (DS 1529.1690) sin explicitar el sentido de este concepto. El Vaticano I tenía entre los temas preparados para ser discutidos un capítulo sobre la «satisfacción», pero no fue estudiado ni aprobado.

20. Entre los trabajos más recientes sobre la tesis de san Anselmo, cf. P. GILBERT, *Introducción a la teología medieval*, Estella 1993, 99-113; Y.-M. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Barcelona 1983, 533-539; P. HÜNERMANN, *Cristología*, Barcelona 1997, 241-254; B. SESBÜÉ-J. WOLINSKI, *Historia de los dogmas*. I: El Dios de la salvación, Salamanca 1995, 378-386; F. J. SCHIERSE, *Cristología*, Barcelona 1983, 158-162; E. VILANOVA, *Historia de la teología cristiana*, I, Barcelona 1987, 471-480; X. PIKAZA, *Enchiridion Trinitatis*. Textos básicos sobre el Dios de los cristianos, Salamanca 2005, 182ss.

ción con la *persona* de Jesús, pero poniendo el acento con fuerza en el *proyecto* de Jesús: instaurar el reino del Padre, que fue la misión de la vida y obra de Jesús. Un tránsito del encuentro vivo con Jesús a la entrega a su proyecto.

No debemos dejarnos llevar por mera cuestión de términos o de lenguaje. Tomemos como ejemplo el concepto «víctima». La modalidad actual de reparación habla de «oblación de amor» o de «amor oblato», que suena hoy mejor que «inmolación» tan característica de la reparación tradicional, pero dichas expresiones comparten idéntica semántica: «vida de oblación» es sinónimo de «vida de inmolación», ambas expresiones son intercambiables.

Se da, por tanto, un tránsito de un tipo de reparación a otro tipo, pero sin una ruptura que ignore o menosprecie el pasado. El P. Kolvenbach se dirige al Apostolado de la Oración en estos términos: «En el Corazón de Cristo es donde el hombre aprende a unir el amor filial a Dios y el amor al prójimo. Los miembros del Apostolado de la Oración no solo juntan sus manos para orar, también las abren para servir a sus hermanos y hermanas. La contemplación del Corazón de Cristo nos revela tanto el amor divino por el que somos amados como el amor divino del que nos hacemos instrumentos al servir a los demás»²¹. No se pueden contraponer términos que de hecho se autoimplican. «La *comunión* y la *misión* están profundamente unidas entre sí. La comunión es misionera y la misión es para la comunión»²². La eucaristía nos ofrece otro elocuente ejemplo: constituye momento cumbre del encuentro e intimidad personal con Jesús y, al mismo tiempo, entraña la exigencia de un compromiso evangelizador integral²³.

Tránsito sin ruptura, reparación social animada desde la intimidad con el Señor. La contemplación y el encuentro personal con Jesús siguen siendo insustituibles²⁴. La reparación actual conserva lo mejor de la tradicional²⁵.

Recuperar la reparación y cómo hacerlo

El problema no es si es posible recuperar hoy la reparación, sino más bien cómo debe hacerse. El camino adecuado podíamos formularlo en estos términos: ni pura repetición del pasado ni total innovación del presente. Hemos de

21. Citado por F. LÓPEZ RIVERA-C. SOLTERO-M^a CELAYETA, *Culto al Sagrado Corazón de Jesús en el nuevo milenio*, México 2000, 183.

22. JUAN PABLO II, Exh. Apost. *Christifideles laici*, n. 85.

23. «La eucaristía es lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo..., y nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo... Fuente inagotable de la vocación cristiana, es, al mismo tiempo, fuente inextinguible del impulso misionero. Cada gran reforma de la Iglesia está vinculada al redescubrimiento de la fe en la eucaristía», cf. *Documento de Aparecida*, nn. 251- 252.

24. «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona que da un nuevo horizonte a la vida, y, con ello, una orientación decisiva», cf. BENEDICTO XVI, Enc. *Deus caritas est*, n. 1.

25. Se cumple aquí esta aguda observación de Ortega y Gasset: en el mundo de las ideas, a diferencia del orden de la naturaleza, «las hijas llevan en el vientre a las madres».

ver el presente desde el pasado y el pasado desde el presente. Ha de adoptarse una actitud inclusiva frente a cualquier exclusivismo, pero sin concordismos artificiales ni voluntarismo a ultranza, sino con sólida base bíblica y teológica. Si atendemos a la tradición viva de ambas modalidades de reparación, se nos muestra que entre ambas hay una «cierta unidad en la diversidad» y una «cierta continuidad en el progreso». Dichas modalidades ni se excluyen ni se identifican y ambas se dan «in medio Ecclesiae».

La idea de *solidaridad* puede ayudarnos a hacer un abordaje correcto. En la reparación tradicional se enfatiza la solidaridad con el dolor representado en el Señor sufriente, lo que induce a una íntima comunión con la víctima inocente. En la segunda modalidad de reparación se resalta la solidaridad con el futuro que hay que construir en sintonía con la obra del Señor. La reparación tradicional no nos instala en un inmovilismo estéril, sino que se traduce en acicate, instancia crítica y transformadora para superar el pasado de dolor e injusticia y contribuir así a que no se repita. En una palabra, se trata de una memoria del pasado habitada por un dinamismo que aboca al compromiso. En definitiva, la reparación abarcará dos aspectos estrechamente unidos en los que han hecho la opción de seguir a Jesús, como señala el Nuevo Testamento: «Por él y por el Evangelio» (Mc 8, 35; 10, 29; 1 Cor 9, 23), o sea, por *él-persona* de Jesús y por el *Evangelio-tarea* de Jesús.

La relación con Jesús tiene dos vertientes. En Mc 3, 13s, Jesús llama a los Doce «para estar con él», para ser sus compañeros en la intimidad y en la escuela, y también «para enviarlos a predicar». El seguidor de Jesús tiene que cultivar ambos aspectos: la intimidad con él, apropiándose de sus actitudes (cf. Flp 2, 5) y el saberse enviado por él (cf. Hech 1, 8.22; 2, 32; 3, 15). Ni buscar a Jesús sin el reino de Dios, ni buscar el reino sin Jesús; ni la «relación intimista» que avocaría a un individualismo sentimental e inoperante²⁶, ni la «relación activista» que pierde el horizonte de la misma acción. Un dato debe quedar claro: «El seguir a Jesús es algo más que *abrazar su causa*, pues Jesús no es *una causa* (aunque ciertamente *tiene una causa*), sino una *persona*. De manera que, para seguirlo, no basta abrazar su causa, sino que hay que entrar en una relación personal con él»²⁷. La intimidad con Jesús nos mostrará que el que «nos amó hasta el extremo» (Jn 13, 1) es el que nos enseña a «dar la vida por los demás» (Jn 15, 13).

Alistarse en el proyecto de Jesús, proseguir su empeño por el reino de Dios implica hoy la invitación a tener unas nuevas relaciones con él y entre nosotros: relaciones de respeto, paz, fraternidad y justicia. En la medida en que hagamos efectivas esas relaciones, se realizará con mayor o menor plenitud el reino por el que Jesús luchó. Jesús se conmueve en su corazón al ver la penosa situación en que se debate el pueblo: opresión del pecado, opresión religiosa, opresión

26. Dado que «la fe actúa por el amor» (Gal 5, 6; cf. 1 Cor 4, 20).

27. F. LÓPEZ RIVERA-C. SOLTERO-M^a CELAYETA, o.c., 192.

social y económica, y contra estas opresiones se pronuncia con claridad, con y desde la misericordia, y hace una clara opción por los más necesitados ante sus paisanos de Nazaret (cf. Lc 4, 18) La misericordia pasa a primer plano en su primera declaración mesiánica²⁸. Esta misericordia se aprende en la intimidad con la persona de Jesús (que recalca la reparación tradicional) y desemboca en el compromiso con la causa de Jesús (que resalta la reparación actual) Ambos polos se aúnan en la conocida canción: «Es imposible conocerte y no amarte; es imposible amarte y no seguirte». Ni el predominio abusivo del «pathos» emocional, ni el de la praxis; ni el activismo individualista ni la ineffectividad quietista son actitudes evangélicas.

2. PERFIL DE LA NUEVA MODALIDAD DE REPARACIÓN

La cuestión hoy para nosotros no es *si es posible* recuperar la reparación, sino que el problema es *cómo hacerlo*. Ciertamente es posible si se pone el centro en el amor. Desde el amor de Jesús, no solo es posible, sino que es necesario impulsar el compromiso con nuestro mundo. «Re-parar» es, pues, «re-hacer» el mundo según la voluntad de Dios.

2.1. *La inclusión de lo social y la superación de lo individual y subjetivo*

La dimensión social y pública de la fe hace que la reparación sea inherente a la vocación cristiana. La fe no nos desentiende de los demás, sino que nos implica en sus cosas, pues «la vida cristiana no se expresa solamente en virtudes personales, sino también en virtudes sociales y políticas»²⁹. La obra de «Dios en Cristo no redime solamente la persona individual, sino también las relaciones sociales entre los seres humanos»³⁰. La vida en Cristo hace brotar de forma plena y nueva la identidad de la persona humana, con sus consecuencias concretas en el plano histórico y social, y no solo en el individual³¹.

La Palabra de Dios conlleva siempre un compromiso ético y crea en los fieles obligaciones horizontales con los demás³². La teología católica se ha orientado en una dirección social del evangelio; se ha adquirido conciencia social más cla-

28. Cf. JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, n. 3. Pero en el bien entendido de que «la misericordia no disminuye el valor de la justicia ni atenúa el significado del orden instaurado sobre ella; indica solamente, en otro aspecto, la necesidad de recurrir a las fuerzas del espíritu, más profundas aún, que condicionan el orden mismo de la justicia», cf. *Ibid.*, n. 12.

29. BENEDICTO XVI, *Discurso inaugural en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Aparecida*, n. 3 (13 de mayo de 2007).

30. *Documento de Aparecida*, n. 335.

31. Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL DE VENEZUELA, *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, Caracas 2006, n. 52.

32. Así lo hace constar el profeta: «Practiquen la justicia y el derecho, libren al oprimido de la mano del agresor, no maltraten al forastero, al huérfano y a la viuda» (Jer 22, 3).

ra y explícita. Esto nos entreabre las puertas a la reparación actual, denominada social, solidaria-reparadora³³. Es la reparación entendida en sentido positivo de reconciliación de los hombres en el amor por medio de Cristo y como hermanos en Cristo, pero siempre y en todo caso rebasando el plano intimista, individualista y subjetivo. Por eso puede afirmarse que «si la palabra *reparación* es para algunos de nosotros triste y en desuso, el contenido es totalmente moderno pues es parte vital de nuestra existencia, y no pudo ser de otra forma sin condenarnos a la incomprensión de los signos de los tiempos, desinteresados de la miseria, del sufrimiento de los oprimidos, de las enormes injusticias que sufren la inmensa mayoría de los hombres, nuestros hermanos»³⁴.

Reparar es «restaurar», «levantar de nuevo», «restablecer» algo maltrecho para restituirlo a su estado y papel originario. No puede limitarse a ser entendido como reparación de una ofensa entre dos sujetos, sino que se amplía su significado, pues se trata de la liberación del género humano, de la ruptura con el pecado y sus obras objetivadas en la historia, que actúan como fuerzas del anti-reino. Esto exige una actitud penitente. Cristo recorrió este camino: asumió la naturaleza humana, tomo la condición de penitente y así se comprometió por el camino de la satisfacción con efectos socio-salvíficos. «Así como el amor al Padre llevó a Jesús a alimentarse de su voluntad, así nuestro amor a Jesús se demuestra en la obediencia a sus palabras»³⁵, lo cual conlleva la solidaridad con su obra y destino, no solo en compadecer con él el maltrato recibido. La vocación cristiana no es un simple sentimiento religioso individual, sino que comporta un esencial componente social. El seguimiento maduro y adulto de Cristo implica necesariamente el compromiso con su tarea mesiánica.

La reparación hoy intenta conjugar el encuentro personal e íntimo con el Señor y la misión de cara al mundo. El estarse devotamente con él —nos recuerda Aparecida— es encerrarse en el pietismo si no se da el seguimiento de su misión con su mismo Espíritu³⁶. Vivimos el tiempo del encargo, de la misión³⁷. Encontrarse con Jesús implica asumir su misión y obedecer a su envío, que no se realizan en el ámbito estanco de la intimidad del tú a tú, sino en la historia humana, donde se nos pone a prueba como discípulos de Jesús y misioneros de su reino.

33. Cf. G. MANZONI, *La spiritualità riparatrice in Padre Dehon*, Roma 1996, praes. 116-122.135-141.146-147; L. BUCCHERI, «La reparación: amor solidario», *Dehoniana* 95 (1998-1) 83-94; G. MENGALI, «La intercesión bíblica (o bien, la solidaridad reparadora)», *Dehoniana* 102 (2000-2) 55-68. Sobre el giro que han dado a la reparación varios Institutos religiosos, cf. G. MANZONI, «Riparazione realizzata», *Dehoniana* 74 (1988) 301-334. También la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos ha dado este giro a partir de la Asamblea General XIII en el comienzo del postconcilio (1966).

34. G. MANZONI, *Riparazione: mistero di espiazione e di riconciliazione*, Bologna 1978, 13.

35. BENEDICTO XVI, *Homilía en la eucaristía de apertura celebrada en Aparecida* (13 de mayo de 2007).

36. Cf. *Documento de Aparecida*, nn. 129-153: Discípulos y misioneros.

37. Se nos puede repetir: «No está aquí» (Mc 16, 6; Hech 1, 11); no podemos instalarnos en el Tabor gozando de su presencia (cf. Mc 9, 5-8; Jn 20, 16-18).

Al encontrarnos con Jesús aprendemos de él la misión que se nos encomienda de cara al mundo, asumimos la misión de Jesús prosiguiendo su historia.

Nos movemos en un horizonte teológico. La realización de la salvación en la historia ha sido resaltada por el Vaticano II, con *Gaudium et spes* como punto de madurez y de formulación más explícita. Medellín y en buena parte Puebla lo recibieron creativamente. Esto requiere la inmersión del creyente en la historia para ver por dónde pasa la acción del Espíritu y poder así actuar de acuerdo con ella. Intimar con la persona de Jesús será siempre necesario para hablar con propiedad de evangelización, pero reducir su seguimiento a esta intimidad significaría mutilar lo que Jesús es y representa. «Yo he venido –nos dirá– para dar vida a los hombres y para que la tengan en plenitud» (Jn 10, 10), y ésta era la intención del Padre al enviarle (cf. Jn 3, 17).

2.2. La verdadera reparación hoy

¿Cuál es la verdadera reparación hoy? El magisterio ordinario se ha pronunciado al respecto, asignando a la reparación un carácter social. La reparación va hoy unida estrechamente al empeño por construir un mundo nuevo, siendo éste uno de sus elementos esenciales³⁸. Esta reparación debe integrar la sensibilidad hacia el pobre, la promoción de la justicia, el amor a los necesitados, el respeto por la vida... «Junto al Corazón de Cristo, el corazón el hombre aprende a unir el amor filial a Dios con el amor al prójimo. De este modo, y ésta es la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador, sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia podrá edificarse la civilización del Corazón de Cristo»³⁹.

La reparación hoy se vincula estrechamente con el amor operativo. Es una actitud peculiar del espíritu del hombre, una disposición interna, un sentimiento peculiar, tierno y acuciante que impulsa a amar y a hacer que el amor sea fermento del mundo. El reparador es colaborador en la gran misión reconciliadora de Cristo en la medida en que se une a su actitud oblativa por amor a Dios y a los hombres. Acertadamente se ha escrito recientemente sintetizando el enfoque de la reparación actual: «La mejor obra reparadora que actualmente podemos llevar a cabo, en un mundo tan lleno de grietas, escombros y amenazas destructivas, y en una Iglesia en muchas ocasiones tan pusilánime, necesitada del coraje de los profetas y de la heroicidad de los santos, es suscitar apóstoles, profetas, testigos, servidores auténticos de los pueblos»⁴⁰.

38. Cf. JUAN PABLO II, *Alocución a los Misioneros del Sagrado Corazón* (8 de septiembre de 1987).

39. BENEDICTO XVI, *Carta al P. Kolvenbach, Prepósito General de la Compañía de Jesús, con motivo del quincuagésimo aniversario de la encíclica de Pío XII 'Haurietis aquas'*. Benedicto XVI toma este texto de JUAN PABLO II, *Carta al Prepósito General de la Compañía de Jesús* (5 de octubre de 1986).

40. J. GARCÍA VELASCO, *Manuel Domingo y Sol, un hombre de corazón*, Salamanca 2007, 134.

Conocer íntimamente al Señor y mantener un diálogo con él se debe traducir normalmente en un dinamismo apostólico. «La reparación es cooperación apostólica a la salvación del mundo»⁴¹, por lo cual, la consagración y devoción al Corazón de Jesús «se ha de poner en relación con la acción misionera de la Iglesia»⁴². La vinculación entre reparación y actividad apostólica es resaltada por el P. Arrupe, hablando a los jesuitas⁴³.

Es necesaria una formación del pueblo cristiano que sepa «unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo»⁴⁴, y de esta forma, «a través de los cristianos, el amor se derramará en el corazón de los hombres para edificar el cuerpo de Cristo que es la Iglesia y construir una sociedad de justicia, paz y fraternidad»⁴⁵. El evangelio no nos lleva a un ensimismamiento en solo Dios, sino que nos sitúa ante dos referentes o polos: Dios y el otro. Nos habla de la relación con Dios y de la relación de los hombres entre sí. Ésta fue la enseñanza de Jesús, quien rechaza la competitividad entre unos y otros, así como todo lo que crea distancia o rivalidad: honor, poder, estatus social. Lo que fomenta y propone como modelo es la solidaridad recíproca, un rasgo característico de las relaciones del grupo de parentesco, es decir, la relación propia de hermanos: servicio, atención al más necesitado, ocupar el último lugar. La familiaridad con Jesús incide en la transformación de la realidad social, pues despierta en nosotros la dimensión del compromiso con el reino de Dios y su instauración en el mundo⁴⁶. Reparar es un compromiso existencial. La reparación no queda recluida en la liturgia, en la mística o en las devociones. Es para todo cristiano un compromiso abierto a lo social, a los problemas y situaciones humanos. La reparación nos hace extrovertidos, vueltos hacia el mundo del que tenemos que dar cuenta.

Esta reparación recibe mejor acogida en nuestro tiempo por su mayor sensibilidad social. Si la reparación contemplativa era más sensible al *dolor de Cristo*, la actual u operativa pone el acento en el *dolor del mundo* y se muestra más sensible a las urgencias de la historia. La reparación hoy nos descubre el peso también sociológico e histórico del pecado, y nos abre al compromiso de una solidaridad nueva. Por consiguiente, esta reparación fomenta una espiri-

41. JUAN PABLO II, *Mensaje del Papa en la fiesta del Sagrado Corazón*: Varsovia, n. 2e (12 de junio de 1999); texto en F. CERRO CHAVES, *Encíclicas y documentos de los Papas sobre el Corazón de Jesús*, Burgos 2000, 327-328.

42. *Ibid.*, n. 1c; texto en F. CERRO CHAVES, o. c., 324.

43. «Después de 53 años de vida en la Compañía de Jesús y de casi 16 de generalato, os diría que en esta devoción al Corazón de Cristo se esconde una fuerza inmensa», cf. citado por F. LÓPEZ RIVERA-C. SOLTERO-M^a. CELAYETA, o. c., 55. Y en las Constituciones anotadas por la Congregación General XXXIV se dice: «Impregnar con el Corazón de Jesús la actividad apostólica», cf. texto en F. LÓPEZ RIVERA-al., 50.

44. JUAN PABLO II, *Carta al Preósito General de la Compañía de Jesús* (5 de octubre de 1986); texto en F. CERRO CHAVES, o. c., 327.

45. JUAN PABLO II, *Mensaje del Papa al arzobispo de Lyon* (4 de junio de 1999); texto en F. CERRO CHAVES, o. c., 321.

46. Cf. *Documento de Puebla*, n. 902.

tualidad extrovertida, encarnada, solidaria, y desemboca en oblación reparadora, que implica a todos en la Iglesia para «re-parar» la sociedad mediante el amor y la justicia.

Reparar significa vivir el evangelio del amor oblativo en el mundo, es fruto del amor-agapé que el Espíritu introduce en nosotros y de ahí revierte en el mundo. Reparar es mucho más que consolar al Señor, es participar en su Pasión y su amor que se vuelca sobre la realidad humana para configurarla según el plan de Dios, contrarrestando así los efectos deletéreos del pecado.

Por último, queremos hacer una reflexión sobre la reparación renovada que implica a toda la Trinidad. En efecto, el Padre es el verdadero reparador o restaurador del orden que ha sido quebrantado; solamente Dios puede llevar a cabo la reparación del pecado; es clara la absoluta prioridad del amor de Dios, principio de toda reparación. Para la reparación renovada, Cristo es el verdadero centro en cuanto sacramento del amor del Padre, como único reparador que puede sanar la fractura entre Dios y el mundo; la reparación de Cristo incluye simultáneamente su oblación total al Padre y su solidaridad plena con los hombres; Dios Padre tiene designios de salvación y su Hijo realiza esta salvación en una solidaridad a ultranza; salva no desde fuera, sino de manera solidaria, desde dentro de la humanidad pecadora. Finalmente, la reparación actual supone la acogida del Espíritu Santo y la docilidad a sus sugerencias. El Espíritu nos hace comprender al Padre y a su Hijo en la obra reparadora, y nos impulsa, además, a la donación total, viviendo la plena solidaridad con los hombres. Solo si acogemos al Espíritu encontraremos aliento para continuar la obra reparadora de Cristo dentro del mundo. Ser reparadores con Cristo es un don del Espíritu⁴⁷.

3. REFLEXIÓN TEOLÓGICA. ALGUNOS PUNTOS BÁSICOS

¿Es compatible la reparación con la idea cristiana de Dios? Salen al paso distintas cuestiones que reclaman una respuesta. Veamos algunas.

3.1. *¿Nos necesita Dios?*

¿Podemos darle a Dios algo que no tiene? La idea de reparación, en cualquiera de sus modalidades, implica que el hombre aporta algo a Dios. Y aquí surge el problema: ¿Necesita Dios algo de nosotros? Los salmos insisten en que Dios está lejos de cualquier necesidad que pudiera subsanar el hombre. Pero, por otra parte, Dios prescribe al hombre algunas acciones en relación con él. Si nos fijamos en el concepto de reparación, vemos que significa una sintonía y un compartir con el Dios ofendido o ultrajado bien en su persona o en su pro-

47. Cf. L. BUCCHERI, *o. c.*, 88-92.

yecto. Y siguen las preguntas: ¿Pueden afectarle a Dios las acciones de los hombres? Sabemos que el mal no tiene dominio sobre Dios y sobre Cristo glorioso, triunfadores absolutos del mal (cf. Ap 1, 17-18; 5, 1s.; Rom 6, 9) Jesús, al resucitar, triunfa sobre la muerte y sobre todos los defectos inherentes a la mortalidad: ni la muerte, ni el dolor, ni el hombre o la sed, ni ningún defecto de corrupción volverá a introducirse en su adorable cuerpo.

Por otra parte, Dios cuenta con la acción del hombre, la quiere y asocia así al hombre a su obra de salvación, y esto desde el comienzo de las cosas cuando el Creador hace al hombre co-socio y corresponsable de su obra (cf. Gén 1, 28-29; 2, 15) Dios ha asignado al hombre un papel activo en la obra de la salvación, asociándole íntimamente a su plan salvador. Este aporte del hombre no puede entenderse como complemento de algo de que Dios carezca o que no pueda hacer por sí mismo, sino como una prueba más del singular amor de Dios que de tal manera ensalza al hombre.

El salmista y el profeta repiten que Dios no sufre necesidad alguna (cf. Sal 49, 14; Is 66, 1ss.) Sin embargo, el Señor se presenta con frecuencia como el que ruega o pide algo del hombre porque prefiere ser amado que temido, le agrada más mostrarse como Padre que aparecer como Señor⁴⁸. La primitiva comunidad es alentada en la «prueba de fuego» por la que está pasando, y se le invita a «alegrarse porque comparte los padecimientos de Cristo» (1 Pe 4, 13) Habrá que precisar cómo debe entenderse ese compartir los padecimientos de Cristo, un Cristo que es ya glorioso. ¿Sufre Cristo?

La glorificación de Cristo ha supuesto un cambio radical de escena. Hay que verle *glorificado con las huellas de la pasión*. La patrística ha captado fielmente la nueva situación: «Estos clavos no me infligen dolor, lo que hacen es acrecentar en mí el amor por vosotros. Estas llagas no me provocan más gemidos, lo que hacen es introducirlos más en mis entrañas. Mi cuerpo al ser extendido en la cruz os acoge como un seno más dilatado, pero no aumenta mi sufrimiento. Mi sangre no es para mí una pérdida, sino el pago de vuestro precio»⁴⁹.

Retorna insistentemente la pregunta: ¿podemos dar a Dios algo de lo que carezca? La primera teología cristiana afrontó abiertamente dicho interrogante y nos ofrece luminosas páginas. La patrística se planteó a fondo el por qué de la creación, qué motivo pudo tener Dios para crear. San Ireneo formuló el principio vigente desde la primera teología hasta nuestros días. Lo mejor será dejarle la palabra: «Al principio, y no porque necesitara al hombre, Dios plasmó a Adán, precisamente para tener en quien depositar sus beneficios... No nos mandó que lo siguiésemos porque necesitara de nuestro servicio, sino para salvarnos a nosotros. Porque seguir al Salvador equivale a participar de la salvación, y seguir a la luz es lo mismo que quedar iluminado... Así sucede con el servir a

48. Consideración frecuente en los Padres: cf. SAN PEDRO CRISÓLOGO, *Sermón* 108.

49. SAN PEDRO CRISÓLOGO, *Sermón* 108.

Dios, que a Dios no le da nada, ya que Dios no tiene necesidad de los servicios humanos... Dios beneficia a los que lo sirven por el hecho de servirlo, y a los que lo siguen por el hecho de seguirlo, sin percibir beneficio ninguno de parte de ellos: pues Dios es rico, perfecto y sin indigencia alguna»⁵⁰. *Servir y seguir al Señor*: «en esto consiste la sublimidad del hombre, su gloria y su dignidad, en conocer dónde se halla la verdadera grandeza y adherirse a ella, en buscar la gloria que procede del Señor de la gloria»⁵¹.

Dios no necesita nada, pero tiene sentido y redunda en bien del hombre rendirle culto. San Ireneo comenta ampliamente la construcción del tabernáculo del templo y el culto tributado a Dios por prescripción divina, y muestra que Dios, «que no tenía necesidad de nada, concedía su comunión a quienes necesitaban de él. Construía, como un arquitecto, un edificio de salvación para aquellos a quienes amaba... Desde siempre, antes incluso de que Moisés naciera, está lleno de toda clase de bienes y contiene, en sí mismo, todo olor de suavidad y todos los aromas de los perfumes. Pero así educaba a su pueblo, disponiéndolo, a través de numerosas prescripciones, a perseverar en el servicio a Dios; por medio de las cosas secundarias lo llamaba a las principales. Mediante figuras, pues, aprendían a temer a Dios y a perseverar en su servicio, de manera que la ley era para ellos a la vez una disciplina y una profecía de las cosas por venir»⁵². Si Dios no necesita nada, se sigue que la relación del hombre con él redunda en provecho del hombre, no de Dios. Dios, mediante el decálogo⁵³ y otros medios, «preparaba de antemano al hombre para su amistad... Cosas todas provechosas para el hombre, ya que Dios no necesita nada de él. Efectivamente, todo esto glorificaba al hombre, completando lo que le faltaba, esto es, la amistad de Dios, pero a Dios no le era de ninguna utilidad, pues Dios no necesitaba del amor del hombre. En cambio, al hombre le faltaba la gloria de Dios, y era absolutamente imposible que la alcanzara, a no ser por su empeño en agradarle»⁵⁴. En definitiva, san Ireneo sintetiza la relación del hombre con Dios resaltando que el que sale beneficiado es el hombre, no Dios: la gloria de Dios es que el hombre viva, y la vida del hombre es dar gloria a Dios.

Con este sólido trasfondo teológico hay que entender la reparación en cuanto acción del hombre referida a Dios. Solo el amor que Dios nos tiene confiere sentido y valor a nuestra actividad reparadora, no el amor que nosotros tenemos a Dios. La acción reparadora la necesitamos nosotros y redunda en provecho nuestro, no la necesita Dios ni le proporciona algo de lo que carezca. La acción reparadora del hombre consiste en «dejarse asociar» por Dios en la construcción de su reino sobre la tierra.

50. *Adv. haer.*, IV, 13, 6-12.

51. SAN BASILIO, *Homilía 20 sobre la humildad*, 3.

52. *Adv. haer.*, IV, 14, 2-3; 15, 1.

53. Cf. *Ibid.*, IV, 16, 4-5.

54. *Ibid.*, Libro 4, 16, 2-4.

Añadamos una perspectiva teológica que nos ofrece santo Tomás de Aquino. Al tratar de la satisfacción de Cristo por el pecado de la humanidad, enfatiza la misericordia del Señor, o sea, es una satisfacción de amor, no jurídica. El pecado es «un acto contrario a la caridad»⁵⁵ y solo se redime desde el amor. Pero el pecado no puede hacer daño a Dios, sino que el dañado es el hombre. Entonces, ¿por qué la satisfacción a Dios? Porque el pecado hiere al Padre en su amor de Padre que quiere el bien del hombre. La reparación no se dirige al corazón de Dios, que no ha dejado de amar al hombre, sino al corazón del hombre para que vuelva a la amistad con Dios.

3.2. *De la intimidad con la persona al compromiso con la obra y tarea de Cristo*

Pablo vivió la más honda intimidad con el Señor como él mismo nos confiesa: «Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 19-20), de forma que «para mí la vida es Cristo» (Flp 1, 21). Pablo desea esto mismo para sus fieles, por lo que les exhorta a que «tengan los mismos sentimientos que tuvo Cristo» (Flp 2, 5), una invitación a la más completa intimidad con el Señor, compartiendo sus sentimientos, identificándose con lo más hondo del ser de Jesús. Si ahondamos en el interior de Jesús, descubrimos que sus más íntimos sentimientos quedan plasmados en su proyecto del reino, eje y centro de su vida y su predicación, y, además, tarea a la que convoca a los que le siguen para trabajar en *sinergia* con él. La conformación de la propia vida con la persona de Jesús implica necesariamente compartir no solo su vida personal, sino también la razón de su vida que es su obra, su causa, su destino, e implica combatir todo lo que se oponga a ello: las fuerzas del anti-reino.

Los sinópticos nos relatan que Jesús llamó a los suyos para compartir su intimidad («para estar con él») y, a la vez, para compartir su proyecto salvador («para enviarlos a predicar») (cf. Mc 3, 15s; Mt 10, 1-5; Lc 6, 12-16; Hech 1, 8.22; 2, 32; 3, 15...) Elección y misión van unidas como las dos caras de una misma moneda⁵⁶. Por su parte, la respuesta de sus seguidores a la invitación de Jesús conjuga la opción por la persona y la opción por la causa de Jesús: «Por él y por el Evangelio» (Mc 9, 35; 10, 29). En efecto, son dos aspectos o caras de la misma opción. Más aún, Jesús dotó a los que eligió de medios para trabajar por su causa: «Les dio poder para expulsar los demonios y para curar toda clase de enfermedades y dolencias» (Mc 3, 14-15; Mt 10, 1): se trata de recrear un mundo en conformidad con el plan de Dios y que se concreta en el reino. Jesús envió a los suyos a proseguir la misión que el Padre le había encomendado a él (cf. Jn 20, 21).

55. *Suma Teológica*, I-II, q. 88, a. 2c; II-II, q. 59, a. 4.

56. Cf. R. SÁNCHEZ CHAMOSO, «Misión y vocación», *Diccionario de Pastoral Vocacional*, Salamanca 2005, 706-716.

El amor es el motor que dinamiza la vida de Jesús, un amor que le hace salir de sí mismo y le lleva a la entrega total, «hasta el extremo» (Jn 13, 1) Es un amor extrovertido que lleva a la oblación, un amor que dejó a sus seguidores como contraseña en palabras de Pablo: «Hagan del amor la norma de su vida, a imitación de Cristo» (Ef 5, 2). Amor compasivo y misericordioso de Jesús, encarnación y reflejo del amor del Padre, un amor que se hace operativo y beligerante ante la experiencia del dominio del mal. Ante una «humanidad dolorida», Jesús «sintió compasión» (Mt 14, 14; Mc 6, 34), se sintió interiormente afectado y acudió a revertir la situación. La compasión que se hace compromiso es la manifestación externa de los sentimientos íntimos de Jesús. Aquí se nos traza en filigrana el programa de vida cristiana. Como en el caso de Jesús, sentimientos y compasión, constatación de una necesidad y movilización de las propias fuerzas para afrontarla serán ya inseparables. Una tarea emprendida por nosotros tras las huellas de Jesús, que no solo nos precede con el ejemplo, sino que además nos da las fuerzas para imitarlo, como dice el Apóstol: «Todo lo puedo en Cristo que me da la fuerza» (Flp 4, 13) La realización de la obra de Jesús se confía a manos de sus seguidores. A nosotros se nos dice también, como a los apóstoles, para salir de la pura contemplación: «¿Por qué se han quedado mirando al cielo?... Entonces regresaron a Jerusalén» (Hech 1, 11-12).

El cristiano en el mundo se ve urgido por el compromiso y la responsabilidad⁵⁷. ¿Cuál debe ser la relación el cristiano con el mundo circundante y del que forma parte? Con frecuencia se plantea si debe predominar lo contemplativo o lo operativo, el horizontalismo o el verticalismo⁵⁸. El planteamiento adquiere un matiz particular para el que se dedica al apostolado. La visión del mundo desde la encarnación de Cristo obliga a tomar al mundo en serio, de forma comprometida. Este mundo está a la vez santificado por Cristo y destinado a una transformación radical, como enseña del Vaticano II. Por eso, es preciso precisar con detención las exigencias que se derivan de la relación que el cristiano mantiene con el mundo, y en particular de su relación apostólica o misionera. Cuanto más lleno esté el apóstol del amor de Cristo y deseoso de darle a conocer, más valorará su implicación en el ministerio de cara al mundo.

Una vocación apostólica no puede llevar la vida que practica una orden contemplativa. La acción transformadora llevada a cabo por el Espíritu de Cristo exige la cooperación del creyente, predisponiéndole no solo a acoger la obra del Espíritu, sino también a asumirla de forma existencial y a testimoniarla como expresión privilegiada de la caridad eclesial. Todo esto entra en juego en la con-

57. Cf. para una visión sintética y panorámica: S. DE FIORES-T. GOFFI, dirs., *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1983, 92-106; AA. VV., «Revisión de la ascesis tradicional», *Revista de Espiritualidad* 123 (1972); AA. VV., «Liberación y contemplación», *Selecciones de Teología* 60 (1976); M. LLAMERA, *Valor apostólico de la vida contemplativa*, Valencia 1974; R. VOILLAUME, *En el corazón de las masas*, Madrid 1976; AA. VV., *Fe cristiana y cambio social*, Salamanca 1973.

58. Cf. S. DE FIORES-T. GOFFI, dirs., o. c., 657-664.

cepción actual de la reparación: se trata de enrolarse en el misterio pascual de Cristo y de secundar el don salvífico que nos ofrece el Espíritu. «Lo que hay que proclamar, pues, no son los errores del pasado, sino el imperativo de que cada época debe ejercitar el espíritu pascual en el seno de los valores culturales y humanos presentes en su tiempo»⁵⁹. No se puede exaltar un valor a costa de otro valor, sino que hay que darle a cada uno la importancia que tiene. «No podemos negar la legitimidad y la riqueza de la vida contemplativa cristiana, pero esto no basta para resolver el problema de su puesto en el ámbito de nuestra espiritualidad moderna, que atribuye una importancia capital al compromiso de la caridad»⁶⁰. Hoy se respiran nuevos aires que apuntan a la inclusión más que a la exclusión: «La oración auténtica lleva al apostolado. La unión auténtica con Dios realizada en la oración nos lo hace ver como el Dios salvador, cuya voluntad salvífica y santificadora es siempre actual, así la contemplación del Dios vivo nos remite a su obra de salvación»⁶¹. Por su parte, el Vaticano II nos dice que «los miembros de cualquier instituto, buscando ante todo y únicamente a Dios, es menester que junten la contemplación, por la que se unen a Dios de mente y corazón, con el amor apostólico, con el que se esfuerzan para asociarse a la obra de la redención y a la dilatación del reino de Dios» (PC 5).

En la vida apostólica, la fe se presenta como una luz nueva proyectada en el mundo que hay que transformar y como un principio de acción. El amor de Dios en la contemplación emplea como mediación la conciencia personal, mientras que el amor del prójimo es también amor de Dios, pero a través de la relación afectiva y efectiva con el prójimo. El cristiano es responsable de su propia vida y del mundo que le rodea; la suya es una espiritualidad como compromiso en el mundo y una espiritualidad liberadora⁶².

Reparación va mucho más allá de la simple compasión, trasciende lo afectivo y avoca al compromiso para rehacer, restaurar lo que ha quedado maltrecho por el pecado del hombre. Contemplación y compromiso se autoimplican, la solidaridad afectiva con Cristo se hace solidaridad efectiva. El genuino reparador conjuga la pasión por Dios con la pasión por la humanidad a la que Dios ama.

Somos solidarios y responsables de esta creación esclavizada y se nos encarga su liberación. Es el grandioso panorama descrito por Pablo. Hemos sido liberados *de* («la ley del Espíritu vivificador me ha liberado por medio de Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte»: Rom 8, 2) y hemos sido hecho libres *para* liberar (cf. Gál 5, 1.13; Rom 6, 22; 13, 8; 1 Cor 9, 19). *Liberados para liberar*. Ante nosotros se ofrece la senda de la muerte y la senda de la vida. «Guiarse por los criterios de los propios apetitos llevan a la muerte; guiarse por los del

59. *Ibid.*, 106.

60. *Ibid.*, 254.

61. *Ibid.*, 255.

62. Cf. *Ibid.*, 255.466-469.471.646-648.

Espíritu conducen a la vida y a la paz» (Rom 8, 6) Contamos con el don del Espíritu: «Vosotros no vivís entregados a tales apetitos, sino que vivís según el Espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rom 8, 9).

Hemos recibido la vocación de reparar o ponernos al servicio de esta creación que vive en esperanza y clama con dolores de parto pidiendo liberación. Es el programa reparador que describe Pablo: «La creación misma espera anhelante que se manifieste lo que serán los hijos de Dios. Condenada al fracaso, no por propia voluntad, sino por aquél que así lo dispuso, la creación vive en esperanza de ser también ella liberada de la servidumbre de la corrupción y participar así en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos, en efecto, que la creación entera está gimiendo con dolores de parto hasta el presente» (Rom 8, 19-22). Aquí se traza para el creyente un grandioso programa de acción reparadora: se le confía liberar a la creación de la servidumbre a que la tiene sometida el pecado. El Dios salvador ha querido contar con nosotros (cf. Mt 20, 4) en su obra restauradora de la humanidad herida para llevarla a su meta.

3.3. «Completar los padecimientos de Cristo» (Col 1, 24)

Hemos hablado ya de «compartir los padecimientos de Cristo»: 1 Pe 4, 13; Flp 2, 5), pero ahora Pablo da un paso más, paso audaz, pues habla de *completar* los padecimientos de Cristo. Es el célebre pasaje que crea serias dificultades a los exegetas: «Ahora me alegro de padecer por vosotros, pues así voy completando en mi existencia terrena, y a favor del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, lo que aún falta al total de sus padecimientos» (Col 1, 24) Se trata aquí de una singular relación con los padecimientos de Cristo expresada con el término *completar*. Pablo nos refiere aquí un dato autobiográfico, pero el pasaje se refiere a todo cristiano⁶³. El centro del texto son las palabras completar los padecimientos de Cristo, y desde los tiempos de los Padres de la Iglesia no hay acuerdo sobre el sentido de esta sorprendente expresión⁶⁴.

Un primer punto debe quedar a salvo según la exégesis: Cuando Pablo habla de que «los sufrimientos de Cristo» aún no han alcanzado sus debidas proporciones y necesitan, por tanto, un complemento, no puede referirse a la acción redentora de Cristo que culminó a cabalidad (cf. Jn 19, 30) Por otra parte, «en Col 1, 20 se acaba de insistir con especial énfasis en que la redención fue obra exclusivamente personal de Cristo, sin ayuda de nadie. Tampoco en el caso de las fatigas, privaciones, persecuciones y padecimientos diversos de que Cristo fue víctima durante su vida terrena se puede decir que falte algo, ya que Jesús llevó

63. Cf. K. STAAB-N. BROX, *Cartas a los Tesalonicenses, Cartas de la cautividad y Cartas pastorales*, Barcelona 1974, 129; JUAN PABLO II, *Salvifici doloris*, n. 24, que comenta Col 1, 24.

64. Cf. K. STAAB-N. BROX, o. c., 127-129; J. A. GRASSI, en *Comentario Bíblico "San Jerónimo"*. Nuevo Testamento, II, Madrid 1972, 116.

a término todo lo que el Padre le había encomendado: Jn 17, 4»⁶⁵. San Agustín abre una nueva perspectiva y nos proporciona la clave para interpretar este difícil pasaje cuando observa agudamente: «Completa está la pasión, pero en la Cabeza; faltaban todavía las pasiones de Cristo en el cuerpo»⁶⁶. Entonces, lo que Pablo dice que «aún falta al total de los sufrimientos de Cristo», y que es lo que el Apóstol se alegra de padecer por sus fieles, «serán los sufrimientos apostólicos que sobrevienen conforme el evangelio es llevado continuamente a nuevos lugares»⁶⁷, y de los que se hace eco Pablo en sus cartas, recordando a sus fieles que les pasará lo mismo (cf. 2 Cor 1, 5-7; 1 Tes 2, 14-16; Hech 5, 40-42), es decir, el duro trabajo del apóstol por el Evangelio y a favor de la Iglesia. «El sufrimiento que todavía falta es el que va unido a la predicación o crecimiento de la comunidad»⁶⁸. Así, el apóstol sufre solidariamente con Cristo «a favor de otros».

El seguidor de Jesús asocia sus padecimientos a los de Cristo, no se limita a un pasivo recordarlos y agradecerlos, sino que se enrola activamente en la dinámica de Cristo. El cristiano queda activamente implicado. Lo que aún falta al total de los sufrimientos de Cristo, lo que los *completa* será el sufrimiento de los apóstoles y de los fieles. «La plenitud no se alcanzará sino al fin de los tiempos; hasta entonces, se podrá decir siempre que algo falta»⁶⁹. No es que los sufrimientos de Cristo hayan tenido lugar de una manera deficiente y que no estén completos; no es posible pensar en un complemento a la obra expiatoria de Cristo, sino que el apóstol continúa la *obra de Cristo en su tarea evangelizadora*. «De este modo completa a favor del cuerpo de Cristo, la Iglesia en su vida concreta, lo que aún podría faltar, las penalidades asumidas por causa de Cristo»⁷⁰.

El eje central del planteamiento es la íntima unión con Cristo, con lo que hizo y con lo que representa, en comunión de vida y de destino con él, como expresa Pablo en otros lugares: «Somos herederos de Dios y coherederos con Cristo, siempre y cuando ahora padezcamos con él, para ser luego glorificados con él» (Rom 8, 17); «compartiré sus padecimientos hasta asemejarme a él en su muerte» (Flp 3, 10). Es un conocer a Cristo no con un simple conocimiento intelectual, sino con la experiencia y vivencia que proporciona el contacto personal: «Si con él morimos, viviremos con él; si con él sufrimos, reinaremos con él» (2 Tim 2, 11-12). Vida y muerte, sufrimiento y triunfo compartidos con Cristo. El *con él* domina el panorama de la vida cristiana al servicio del evangelio. «La unión con Cristo se hace realidad y resulta más fuerte que todos los padecimientos»⁷¹.

65. K. STAAB-N. BROX, o. c., 126; cf. E. SCHWEISER, *La Carta a los Colosenses*, Salamanca 1987, 94.

66. *In Ps 86*.

67. J. A. GRASSI, a. c., 216.

68. E. SCHWEISER, o. c., 93-94. Tal paralelismo de las tribulaciones apostólicas con los sufrimientos de Cristo se presupone también, sin duda, en Col 1, 24-28 (*Ibid.*, 95).

69. K. STAAB-N. BROX, o. c., 127.

70. E. SCHWEISER, o. c., 96-97.

71. *Ibid.*, 93.

La obra salvífica de Cristo abarca no solo la expiación en sentido estricto, sino además la tarea de llevar a los hombres a la salvación, lo que implica sufrimientos y persecuciones (Cf. Jn 15, 20). «Los tratarán así por mi causa» (Jn 15, 21) Cristo «continúa esta tarea hasta completarla a través de sus representantes; en la persona de ellos, es Cristo glorificado quien sigue hablando al mundo; en la persona de ellos, es Cristo quien, no obstante su impasibilidad, continúa padeciendo los sufrimientos inherentes a la actividad misionera. Los apóstoles ocupan el puesto de Cristo, como Cristo ocupa el puesto de Dios: Mt 10, 40; Lc 10, 16»⁷². El apostolado con sus exigencias y penalidades es un modo de «completar lo que falta a los sufrimientos de Cristo». En efecto, «cuando Pablo habla de morir y resucitar con Cristo, piensa no solo en la muerte y resurrección místicas del bautismo (cf. Rom 6, 3-11), sino también en el desarrollo de esta experiencia de vida cristiana, insistiendo especialmente en los sufrimientos físicos y en los riesgos del apostolado: 1 Cor 15, 34-41; 23 Cor 4, 8-11»⁷³.

Pablo, ya tenga conciencia de sufrir en representación de su Señor, ya considere sus sufrimientos como *sufrimientos de Cristo*, resalta su estrecha relación con Cristo y el compromiso vital con su Evangelio⁷⁴. Esto es lo que le permite atribuir a sus padecimientos un valor del todo especial de cara al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. El valor saludable de sus padecimientos *a favor de o en atención* a la Iglesia contribuye a la «edificación del cuerpo de Cristo» (Ef 4, 12) Así, los sufrimientos se torna fecundos, son un arma apostólica. «Pablo ve sus sufrimientos como parte necesaria de su quehacer apostólico»⁷⁵, como él misma hace constar en sus escritos (cf. Rom 8, 35s.; 1 Cor 4, 9-13; 2 Cor 11, 23-33; 12, 9s.; 13, 4; Gál 6, 17...). En Hech 9, 16 («Yo le daré a conocer cuánto tendrá que padecer por causa de mi nombre») se declara que el sufrimiento es inherente al ministerio apostólico. Los pasajes de 2 Cor 11, 23-29 y Col 1, 29 aluden a los trabajos y penalidades que trae consigo el compromiso con la evangelización.

3.4. Jesús en los otros

Nos hemos preguntado antes si podemos dar algo a Dios, si nos necesita, si le afecta nuestra conducta. La respuesta es positiva cuando tenemos ante la vista a Cristo y discurre por el camino que pasa por los otros.

A Jesús le afecta lo hecho a su Iglesia y lo hecho a los demás. Hemos escuchado a Pablo que hablaba de nuestro «padecer a favor del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia» (Col 1, 24). La encarnación nos abre las puertas para descubrir la

72. K. STAAB-N. BROX, o. c., 128.

73. G. A. DENZER, en *Comentario Bíblico "San Jerónimo"*. Nuevo Testamento, II, Madrid 1972, 265.

74. En varios lugares enfatiza esta estrecha relación: Gál 2, 20; 6, 17; 2 Tim 1, 8; Ef 3, 1; 4, 1; Flm 1.9.13.

75. E. SCHWEISER, o. c., 92.

presencia del Señor en la historia humana, pues «el Verbo de Dios, haciéndose carne en Jesucristo, se hizo también historia y cultura»⁷⁶. En el hombre, sus problemas y su búsqueda hallamos también al Señor, se da ahí una epifanía del Señor⁷⁷, y nuestra actitud con este hombre tiene que ver también con el Señor.

«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hech 9, 4-5) Saulo perseguía a «los discípulos del Señor, a todos los que encontraba, hombres y mujeres, que siguieran el camino de Jesús» (Hech 9, 1-2), no tenía conciencia de perseguir a la persona de Jesús, pero el Señor se considera perseguido en sus seguidores: «La comunidad cristiana ha de considerarse como identificada con su Señor»⁷⁸. I. Ellacuría ha expresado con profundidad y lucidez la profunda relación entre Jesús y la Iglesia fundada por él, de modo que lo hecho a la Iglesia es hecho a su Señor, pues la Iglesia es «el cuerpo histórico de Cristo»⁷⁹. Hay que reparar a Cristo en su cuerpo místico, que es la Iglesia; lo que la Iglesia sufre en sus miembros es sufrimiento de Cristo en su cuerpo. Esta idea, desarrollada por los Padres de la Iglesia, la expresa así san Agustín: «Él fue ya exaltado sobre los cielos, pero sigue padeciendo en la tierra todos los trabajos que nosotros, que somos sus miembros, experimentamos. De lo que dio testimonio cuando exclamó: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Así como: *Tuve hambre y me disteis de comer*»⁸⁰. Nuestra reparación será consolar y socorrer a nuestros hermanos, en quienes padece Cristo místicamente; es una reparación social. «Jesucristo, que todavía en su cuerpo místico padece, desea ternernos por socios en la expiación»⁸¹. Hay muchísimas cosas que necesitan reparación hoy, a comenzar por la misma Iglesia, «semper reformanda» (LG 9c). Hay mucho que rehacer en un mundo «en poder del malo» (1 Jn 5, 19)⁸².

76. BENEDICTO XVI, *Discurso de apertura en Aparecida* (13 de mayo de 2007).

77. Los tratados actuales sobre los sacramentos prestan atención a la «sacramentalidad antropológica y existencial», por la que en el hombre, y de modo especial en el cristiano, se da una presencia y manifestación de Dios: cf. D. BOROBIO, *La celebración de la Iglesia*, I, Salamanca 1985, 385-391.

78. R. J. DILLON-J. A. FITZMEYER, *Comentario Bíblico "San Jerónimo"*, Nuevo Testamento, I, Madrid 1972, 475.

79. «Cristo fundó su Iglesia para seguir estando presente él mismo en la historia de los hombres, precisamente a través de ese grupo de cristianos que forman su Iglesia. La Iglesia es, entonces, la carne en la que Cristo concreta, a lo largo de los siglos, su propia vida y su misión personal. Jesús fue el cuerpo histórico de Dios... y la Iglesia debe ser el cuerpo histórico de Cristo, la continuación en la historia de la vida y de la misión de Jesús...; animada y unificada por el espíritu de Cristo, hace de ella que sea su cuerpo, su presencia visible y operante», cf. I. ELLACURÍA, «La Iglesia de los pobres, sacramento histórico de liberación», *ECA* 32/248-249 (1977) 709.

80. *Sermón sobre la Ascensión del Señor*, 1-2.

81. Pío XI, Enc. *Miserentissimus Redemptor*, n. 16. Un himno litúrgico canta: «Cristo, gracias, que aún duele /tu agonía en el mundo, en tus hermanos./ Que hay hambre, ese resumen de injusticias; / que hay hombre en el que estás crucificado».

82. Pío XI, en Enc. *Miserentissimus Redemptor*, nn. 17-19; y en Enc. *Caritate Christi compulsi*, n. 2, describe el panorama de su tiempo; nosotros podemos ver en la *Gaudium et spes* un panorama sobre el mundo y la sociedad actual que nos toca reparar o rehacer.

Encontramos a Jesús en el otro, verdadero sacramento de Cristo, en la dialéctica evangélica ofrecida por Mateo con un ritmo procesual. Lo hecho a los “hermanos pequeños” es hecho a Cristo: «Les aseguro que cuando lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron» (Mt 25, 40) y, «cuando dejaron de hacerlo con uno de estos pequeños, dejaron de hacerlo conmigo» (Mt 25, 45). Ésos que fueron acogidos o desconocidos por nosotros son los que tienen hambre o sed, los extraños, desnudos, enfermos, presos, en una palabra, los marginados (cf. Mt 25, 35-36.42-43) de ayer y de hoy.

Dios nos quiere, *nos necesita* ahí, y nuestra respuesta a estos marginados es respuesta dada al Señor porque éste la considera dada a él mismo: *Conmigo lo hicieron*⁸³. La actitud de acogida que el hombre adopte ante esos pequeños tiene consecuencias salvíficas definitivas y responde al proyecto de Dios: «Venid, benditos de mi Padre tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mt 25, 34), y si la actitud del hombre es el rechazo de esos pequeños se firma con ello la perdición total: «Apartaos de mi, malditos, id al fuego que no se apaga, preparado para el diablo y sus ángeles» (Mt 25, 41).

Lo descubierto y vivido en la intimidad con el Señor hace sentir la necesidad de llevarlo a los demás para que el proyecto del Señor se realice en la tierra. Discipulado y misión son inseparables⁸⁴. «Una contemplación, una espiritualidad que no están enraizadas en la misión liberadora de Cristo no son auténticas» (Mons. Proaño). El encuentro personal con el Señor suscita el compromiso con su proyecto y da impulso a la solidaridad con una sociedad que está llamada a ser más justa y más humana. La genuina espiritualidad desemboca, pues, en el apostolado. Puebla insistió en esta idea: una espiritualidad reparadora debe generar una evangelización liberadora (n. 487), de forma que esta espiritualidad lanza a las comunidades a la construcción de una sociedad hermanada; liberar, hacer la justicia, es hoy el modo verdadero de amar a Dios y a los hermanos (n. 327).

¿Dónde es perseguido, rechazado y ultrajado hoy el Señor, y a dónde el seguidor de Cristo debe acudir con su acción reparadora? Cristo está hoy en las llagas del mundo y se nos invita a curar esas llagas⁸⁵. El Señor resucitado se hace solidario con las llagas del mundo y nos invita a ser igualmente solidarios, siendo éste el camino para encontrar tanto a Dios como al hermano: «Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Je-

83. «El que se burla del pobre afrenta a su Hacedor, y no quedará sin castigo quien se ríe de su desgracia» (Prov 17, 5).

84. Éste es el eje de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Aparecida: discípulos y misioneros.

85. «Son llagas de la humanidad, abiertas y doloridas en todos los ángulos del planeta, ignoradas con frecuencia y a veces voluntariamente escondidas; llagas que desgarran las almas y los cuerpos de innumerables hermanos y hermanas nuestros. Estas llagas esperan ser aliviadas y curadas por las llagas gloriosas del Señor resucitado, y por la solidaridad de todos», cf. BENEDICTO XVI, *Homilía del Domingo de Resurrección* (23 de marzo de 2008).

sús mismo y en Jesús encontramos a Dios»⁸⁶. Lógicamente, el Señor resucitado está a salvo de cualquier persecución, pero está presente en «nuevos rostros»⁸⁷ en los que es ultrajado, pues «lo que hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron» (Mt 25, 40.45). «Los rostros sufrientes de los pobres son rostros sufrientes de Cristo»⁸⁸. El Vaticano II hace una solemne declaración de principios: «La Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo» (LG 8c).

Esta *opción preferencial por los pobres*⁸⁹ es reafirmada hoy con toda fuerza por la Iglesia Latinoamericana y del Caribe⁹⁰. «Todo lo que tenga que ver con Cristo tiene que ver con los pobres, y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo: cuando lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños conmigo lo hicieron: Mt 25, 40»⁹¹. El servicio de caridad de la Iglesia entre los pobres «es el ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral»⁹². La Iglesia está convocada a ser «abogada de la justicia y defensora de los pobres»⁹³, y ello brota de la intimidad con el Señor, pues «la misma adhesión a Jesucristo es la que nos hace amigos de los pobres y solidarios con su destino»⁹⁴.

La patrística levantó con fuerza su voz para discernir dónde nos espera Dios: «¿Quieres de verdad honrar el cuerpo de Cristo? No consientas que esté desnudo. No lo honres en el templo con manteles de seda mientras afuera lo dejan pasar frío y desnudez»⁹⁵. Las condiciones de vida de muchos abandonados, excluidos e ignorados en su miseria y en su dolor, contradicen el plan de Dios e interpelan al creyente. El rostro de Jesucristo, muerto y resucitado, maltratado por nuestros pecados y glorificado por el Padre, en ese rostro doliente y glorioso⁹⁶ podemos ver, con la mirada de la fe, el rostro de nuestros pueblos⁹⁷.

El rechazo de Cristo se lleva a cabo también en estructuras que encarnan el mal y que, por tanto, hay que combatir para contrarrestar sus efectos letales. «La Iglesia defiende los auténticos valores culturales de todos los pueblos, y especialmente de los *oprimidos, indefensos y marginados* ante la fuerza arrolladora

86. BENEDICTO XVI, Enc. *Deus caritas est*, n. 15.

87. *Documento de Aparecida*, n. 402.

88. *Documento de Santo Domingo*, n. 178; cf. *Documento de Puebla*, nn. 30-35; *Documento de Aparecida*, nn. 410ss.

89. Cf. Medellín 14, 4-11; Puebla, nn. 1134-1165; Santo Domingo, nn. 178-181.

90. *Documento de Aparecida*, n. 396.

91. *Ibid.*, nn. 259.407.

92. JUAN PABLO II, Carta apost. *Novo millennio ineunte*, n. 49.

93. BENEDICTO XVI, *Discurso inaugural en Aparecida*, n. 4.

94. *Documento de Aparecida*, n. 257.

95. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre San Mateo*, I, 3-4.

96. Cf. JUAN PABLO II, Carta apost. *Novo millennio ineunte*, nn. 25.28.

97. Cf. *Documento de Aparecida*, n. 31.

que las estructuras de pecado manifiestan en la sociedad moderna»⁹⁸. Abogada de la justicia y de los pobres, la Iglesia se solidariza con las reivindicaciones justas, con la justicia social, con la afirmación de los derechos humanos para rehacer una humanidad rota y malherida. «El rico magisterio social de la Iglesia nos indica que no podemos concebir una oferta de vida en Cristo sin un dinamismo de liberación integral, de humanización, de reconciliación y de inserción social»⁹⁹. La reparación hoy tiene como uno de sus objetivos centrales «humanizar la humanidad», configurándola en el marco y con los parámetros del reino de Dios.

4. MEMORIA SUBVERSIVA¹⁰⁰

La reparación al hilo de la reflexión teológica actual encuentra nuevas perspectivas. El cristianismo ha vivido intensamente la tradición de *dolor-sufrimiento* inherente a la pasión de Jesús, pero no tanto lo que significa como *memorial* que denuncia y condena. Hoy la teología recupera la «dimensión anamnética» de la pasión del Señor, descubriendo en ella una dimensión subversiva y beligerante frente a lo que origina ese dolor y esa injusticia, en una palabra, las *estructuras de pecado*. De esta forma, la memoria de la pasión nos abre a una actitud de compromiso para eliminar las causas, paliar los efectos y curar las heridas; se pasa de una actitud individualista e insolidaria con el que padece a una postura solidaria y compartida. El hombre se alía con Jesús en la lucha contra el mal que origina el dolor y la injusticia; se alinea beligerante contra esa situación dada que tiene ante sus ojos y hace sufrir tanto. Se recupera así «el sufrir con el sufrimiento sin consuelo del pasado»¹⁰¹.

La historia comienza a ser leída de forma diferente, entran en escena otras perspectivas y «la memoria de los fracasados de la historia posee un fuerte contenido de futuro»¹⁰², y esto tiene lugar de forma singular y provocativa con el caso de Jesús. La pasión no ha quedado anclada en el pasado como un hecho estático, fuera de nuestro alcance, y que solo cabe contemplar y deplorar, como tan marcadamente lo hizo la reparación tradicional, sino que el *recuerdo de esa pasión* constituye un incentivo que convoca necesariamente a un compromiso: «la imaginación de la libertad futura se alimenta del recuerdo del su-

98. *Documento de Santo Domingo*, n. 243. Responsabilidad de los cristianos: «Si muchas de las estructuras actuales generan pobreza, en parte se ha debido a la falta de fidelidad a sus compromisos evangélicos de muchos cristianos con especiales responsabilidades políticas, económicas y culturales» (*Documento de Aparecida*, n. 501).

99. *Ibid.*, n. 335.

100. Cf. J. B. METZ, «El futuro a la luz del memorial de la pasión», *Concilium* 76 (1972) 317-334; *Id.*, *Dios y tiempo. Nueva teología política*, Madrid 2002; *Id.*, *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, Santander 2007; J. J. TAMAYO-ACOSTA, *Nuevo paradigma teológico*, Madrid 2003, 149-155.

101. J. B. METZ, *La fe en la historia y la sociedad*, Madrid 1979, 140.

102. J. J. TAMAYO-ACOSTA, *o. c.*, 152.

frimiento»¹⁰³. La “memoria de la pasión” hace surgir la utopía de un mundo que venza las causas del dolor del pasado, y adquiere luminosidad en sí mismo, al menos por vía negativa. De esta forma, la *profecía* del futuro arranca de la *memoria* del pasado. «La historia del sufrimiento hecho recuerdo conserva la forma de tradición peligrosa y subversiva. En ella se encuentra el secreto y la fuerza misteriosa de la liberación del ser humano»¹⁰⁴. De una manera paradójica, el sufrimiento se alía con la esperanza, puesto que «por la negación radical de lo que es, sobre la base del sufrimiento que produce, la historia se ve forzada a buscar un nuevo mañana»¹⁰⁵.

La reparación en cuanto asociación a la pasión de Cristo comporta el recuerdo del pasado, pero no es un recuerdo inmovilizante, sino subversivo y desestabilizador, pone ante nuestros ojos la memoria de las víctimas que exigen rehabilitación. De aquí nace una actitud y un talante positivo, optimista, esperanzado y constructivo, que remite a la acción del hombre y de Dios para cambiar el curso de la historia; una actitud que persevera en la espera y no cede al desaliento; una actitud que rebasa la simple contemplación e incluso la condena del mal para lanzarnos al compromiso militante; una actitud que es una *esperanza-en-acción*. En este horizonte debe situarse la teología, que constata el sufrimiento inmerecido y absurdo, y fomenta una actitud positiva de la «comunidad doliente» en la que la fe no se rinde.

El *memorial de la pasión* inquieta a las conciencias instaladas y las interpela y lanza en la búsqueda de una praxis capaz de vencer, o al menos de aliviar, el dolor y la injusticia en la historia humana, caminando hacia una nueva meta de humanidad. A la cabeza de esta actitud encontramos a Jesús de Nazaret, que se acerca a la situación de las víctimas. No se contenta con conocer la situación, ni se limita a condenarla, sino que sale en defensa de las víctimas y de su reivindicación; no solo muere por ellas en un gesto de compartir supremo, sino que se constituye beligerante a favor de ellas. La vida de Jesús es *solidaria* con las víctimas y además es *liberadora*, entablando una lucha sin cuartel contra las causas que producen víctimas.

Hallamos aquí una muestra y una pauta para la comprensión de la reparación en la actualidad. Se supera el peligro de convertir la reparación en un tranquilizante de la conciencia, que lamenta el estado de cosas pero las deja como están, para pasar a ser un excitante y propulsor que nos enrola activamente en la causa o proyecto de Jesús. El amor a Jesús no se agota en la práctica de una serie de «desagravios», sino que se traduce en *solidaridad efectiva con el sufrimiento ajeno*, contribuyendo a erradicar las causas que lo producen.

103. J. B. METZ, «El futuro a la luz del memorial de la pasión», 326.

104. J. J. TAMAYO-ACOSTA, o. c., 152.

105. R. ALVES, *Cristianismo, ¿opio o liberación?*, Salamanca 1973, 189.